

**Ribeiro, Djamila, *Quem tem medo do feminismo negro?*
San Pablo, Companhia das Letras, 2018, 148 pp.**

Deborah Techera

Depto. de Filosofía de la Práctica, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República.
deborahtechera@gmail.com

Recibido: 09.10.18

Conocer mi historia y la historia de mis antepasados, me permitió romper con la historia única e identificar todo lo negativo que había sido dicho de las personas como yo, escribe Djamila Ribeiro en «La máscara del silencio». Este texto, con el que la autora elige abrir su segundo libro *Quem tem medo do feminismo negro?* (en español ¿Quién tiene miedo del feminismo negro?),¹ es un ejercicio de autonarración y autoconsciencia, porque cuando no sabes de dónde vienes, es más fácil ir para donde la máscara dice que es su tu lugar (Ribeiro, 2018: 20).

A continuación, siguen 34 artículos seleccionados de las publicaciones que Ribeiro realiza desde 2014 en la revista paulista de política, economía y cultura, *Carta Capital*.² La presencia que esta filósofa, que fue secretaria adjunta de la Secretaría Municipal de Derechos Humanos y Ciudadanía de San Pablo, sostiene en medios de prensa y redes sociales es parte de su activismo feminista y militante por los derechos de las mujeres negras. Magíster en Filosofía por la Universidad Federal de San Pablo con una tesis sobre Simone de Beauvoir y Judith Butler, en su primer libro *O que é lugar de fala?* (traducible al español como *¿Qué es el lugar de habla?*)³ aborda la enunciación y circulación de los discursos como mecanismo de poder, y la deslegitimación de la que, en función de tal mecanismo, es objeto la producción intelectual de las mujeres, en particular las mujeres negras, latinas, indígenas, del sur. Su trabajo es por ello también una puesta en valor de este saber negado, a través del diálogo con la producción intelectual y labor militante de mujeres, en su mayoría negras y de orígenes no europeos.

¹ Esta y todas las traducciones de los nombres de los artículos, citas y expresiones que utilizo aquí son mías.

² www.cartacapital.com.br

³ Grupo Editorial Letramento, 2017.

Desde un *feminismo negro para un nuevo marco civilizatorio* (Ribeiro, 2018: 122) considera fundamental la contribución teórico-analítica de las feministas negras por evidenciar la interseccionalidad de las opresiones y permitir una mirada más compleja y abarcativa de la existencia política de las mujeres y de todas las personas. Así como es doloroso reconocer nuestras opresiones, también es difícil admitir cuando nos beneficiamos del sistema. Lo que sigue es un comentario de algunos de los artículos del libro a través de los cuales, por momentos enunciándola explícitamente, por otros dejándola insinuada, Djamila Ribeiro nos pone una tarea: cuestionar los propios privilegios.

«El verdadero humor da un puñetazo en el hígado de quien oprime» problematiza la legitimidad de las expresiones pretendidamente humorísticas, tanto públicas como privadas, así como las reacciones que estas generan en quienes son objeto de las «humoradas» y en quienes son sus espectadores. Frecuentemente, el «bromista» es defendido de la «falta de sentido del humor» o «extrema sensibilidad» de su víctima. Ribeiro nos hace preguntarnos: ¿cómo es que logramos comprender a las personas que oprimen, pero no a quienes son oprimidas? ¿Debemos esforzarnos en hacerles entender a las víctimas que es «solo una broma», o más bien en hacerle percibir a quienes realizan determinados actos que eso es discriminación? El cuestionamiento último es hasta cuándo seguiremos permitiendo que el humor sea usado como excusa (en el caso que aquí ocupa a la autora) para ser racistas. Del mismo modo, cuestiona que sea legítimo el supuesto humor de «reírse de los propios defectos» cuando esos «defectos» son el color de la piel, el aspecto del pelo o la forma de la nariz. ¿Acaso ser *como se es* es un defecto? Más bien habría que observar cómo el racismo tiene un papel clave a la hora de determinar lo que juzgamos o no gracioso (así como también lo tienen las demás formas de discriminación estructurantes de nuestra sociedad como el machismo, la homofobia, la transfobia, etcétera).

«Cuando las opiniones también matan» funciona como diagnóstico de un mal nombrado con el neologismo irónico de *achismo*.⁴ En español podríamos traducirlo como «opinionismo», aunque respetando los discursos desde donde se origina, más acertado sería «creísmo»: «Yo creo que...», «no creo que eso sea así», «creo que te equivocas», son algunos de los modos en que comienzan las frases que terminan por negar las situaciones de opresión, violencia y discriminación que las propias personas que son sus víctimas denuncian, desde sus propias experiencias y con el respaldo de investigaciones. Se trata, señala Ribeiro, de una actitud propia de quienes tienen *síndrome de privilegiado* (Ribeiro, 2018: 34-5). El problema con el *achismo* es la perpetuación de la violencia que trae consigo. Cuando lo que se alza como «opinión» ridiculiza luchas históricas por equidad, estamos lisa

⁴ De la expresión en portugués *eu acho*, traducible como ‘yo creo’, ‘yo opino’, ‘me parece que...’. La autora se vale, para este juego de palabras, de la semejanza fonética en portugués de *achismo* y *machismo*.

y llanamente ante un acto de violencia. Y más grave que eso es el hecho de que se confunda libertad de expresión con discurso de odio (como «ser de la opinión» de que negros y gays son inferiores). Racismo y machismo no dejan de ser tales porque tengan la forma de la opinión.

En «Hablar de racismo inverso es como creer en unicornios» Ribeiro se dirige a quienes sostienen como argumento en las discusiones sobre racismo, que también los blancos sufren racismo por ser blancos. Y nos regala una respuesta que ajusta a la perfección también para tratar con seriedad la cuestión del supuesto «sexismo inverso». En un ejercicio filosófico fundamental, remite al concepto de «racismo»: es un sistema de opresión. Como tal, no existe sin relaciones de poder que lo sustenten, y estas relaciones privilegian a unos y oprimen a otros. En el caso de las personas negras, el sistema racista les priva de poder institucional para oprimir a las personas blancas, pues han sido las víctimas históricas de la violencia y la opresión. ¿Alguien podría sostener que personas blancas hayan sido asesinadas, no consideradas ciudadanas o impedidas de acceder a la educación por el mero hecho de ser blancas? El racismo va más allá de insultos y ofensas. Estas son manifestaciones de una estructura de opresión subyacente que niega derechos a las personas en función determinadas características «biológicas». Con un razonamiento similar es posible evidenciar lo ridículo e injusto que es hablar de «sexismo inverso» pretendiendo igualar la violencia estructural que sufrimos las mujeres con algún tipo de ofensa, afrenta o rechazo que pueden vivir los varones cuando, por ejemplo, son objeto de publicidad sexista o incluso cuando algún aspecto de la legislación los desfavorece en relación con las mujeres. Tanto para el caso del racismo como para el del machismo, lo que importa es distinguir el sufrimiento, que hace parte de nuestra experiencia como personas humanas, de la opresión, que implica que un grupo se privilegie del sufrimiento de otro.

«Las diversas olas del feminismo académico» es un rápido recuento histórico del feminismo en el contexto brasilero que, además de orientar sobre conceptos e hitos clave (lo cual es importante de por sí, pues se trata de un artículo originalmente destinado a público no especialista), declara no distinguir entre *teoría* feminista y *movimiento* feminista. El estudio académico es parte de la práctica política, es un modo de acción. Lo es, por ejemplo, al permitir cuestionar la biologización de los cuerpos de las mujeres o al abrir espacio para concebir la interseccionalidad de las opresiones sufridas por las mujeres, rompiendo la universalización del concepto *mujer*.

«La mujer negra no es un disfraz de Carnaval», en apenas seis párrafos, delimita una situación histórica y cultural específica de violencia contra las mujeres negras en Brasil, acusa a los actores particulares que al día de hoy perpetúan esa violencia, y cierra con un llamado rabioso que es al mismo tiempo un reclamo ético: «Respeten nuestra humanidad» (Ribeiro, 2018: 50).

En el artículo «¿Quién tiene miedo del feminismo negro?», que da nombre al libro, encontramos fundamentos para abrazar un feminismo interseccional, un movimiento y una teoría donde se reconozcan las múltiples opresiones que se cruzan en la vida de las mujeres. En particular, el feminismo negro desafía el sujeto mujer que la tradición feminista blanca ilustrada ha construido. Al rescatar el discurso de la exesclava Sojourner Thrut en la Convención de los Derechos de las Mujeres en Ohio en 1851 que se ha hecho conocido con el nombre de «Acaso no soy una mujer», nos sensibiliza respecto de la enorme grieta que separaba (y sigue separando) la situación de mujeres blancas y negras. Pero pese a que tal situación era reconocible desde esas fechas, es al día de hoy que las feministas blancas (donde *blanca* es apenas una palabra que simboliza y cristaliza una confluencia de privilegios) se resisten a percibir que pese a que el género como lugar de opresión nos une, hay muchas situaciones que nos separan. Si no reconocemos este hecho y persistimos en universalizar un «ser mujer» unificador, solo estaremos produciendo un feminismo para élites y reproduciendo exclusión.

En «La venganza del golero Barbosa: la lucha del golero negro por respeto», Ribeiro toma estratégicamente la oportunidad que un asunto popular como el fútbol (más aún, la final de la Copa del Mundo de 1950 en Maracaná) le brinda, para analizar una dimensión bien específica y delicada de la violencia sufrida por las personas negras, y que claramente es extrapolable al caso de la violencia contra las mujeres y las personas pertenecientes al colectivo LGBTIQ.⁵ Se trata de una situación de la que tenemos innumerables ejemplos: cuando alguien perteneciente a un grupo históricamente discriminado comete un error, todo el grupo es cargado con la culpa. Y esto es debido a que las personas pertenecientes a estos grupos no son vistas como humanos, sino que se convierten en estereotipos y cargan por ello con los estigmas propios de tales estereotipos producto del racismo y del machismo que estructuran nuestra sociedad. Así, la violencia propia de los estereotipos radica en que naturalizan las opresiones, manteniendo en circulación una serie de mensajes que sustentan el imaginario social del que disponemos para vivir nuestras subjetividades y relacionarnos con las demás personas.

Al leer «Una mujer negra en el poder incomoda a mucha gente» viene a la memoria la canción infantil que dice que «un elefante molesta a mucha gente», y este guiño de picardía adelanta algo del carácter alegre del artículo. ¿El motivo? La elección de Tyrus Bird en 2015, primera alcaldesa negra en llegar al cargo en el pueblo estadounidense de Pama, y cómo este resultado electoral llevó a que la mayoría de los oficiales de Policía y otros funcionarios de este pueblo (todos hombres blancos) renunciaran a sus cargos, alegando «cuestiones de seguridad». Ribeiro celebra que una mujer negra en el poder incomode a quienes desde siempre se han visto como legítimos habitantes de esos espacios, en lugar de que sea ella

⁵ Sigla para Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transexuales, Intersexuales y Queer.

quien se sienta incómoda. Considera esto un síntoma de que se está desnaturalizando el lugar de sumisión al que se las acostumbraba relegar.

«Estar contra las cuotas raciales es estar de acuerdo con la perpetuación del racismo» explica el significado crucial que tienen las acciones afirmativas para revertir la histórica y sistemática exclusión de las personas negras de los lugares académicos y de poder. Es una respuesta a los discursos meritocráticos que restringen la justicia a un tema de capacidades, y no miran hacia la desigual distribución de oportunidades que hay de fondo. Junto con datos de investigaciones y relatos de vida que dan cuenta de esta injusticia estructural, la autora invita a considerar el concepto aristotélico de equidad, como modo de salvar la insuficiencia de la idea abstracta de igualdad que recomienda tratar de modo igual a personas que viven situaciones desiguales, verificando así dicha desigualdad.

Machismo y racismo son elementos estructurantes de nuestra sociedad. Por eso, no es cosa de «feminista resentida», que ve machismo en todas partes, encontrar constantes muestras de este sistema de opresión. «¿Cansado de oír sobre machismo y racismo?» es un descargo respecto de esta acusación. Es también una nueva oportunidad para poner en consideración una cuestión que tanto pensadoras feministas como gran parte del Pensamiento Crítico Latinoamericano vienen revelando hace décadas: el supuesto «universal humano» no es universal sino específico, se trata del *hombre blanco*.

La pregunta que titula el artículo «¿Hombres blancos pueden protagonizar la lucha feminista antirracista?» es respondida afirmativamente, siempre que se tenga en cuenta un hecho innegable: los hombres blancos han estado protagonizando todo desde siempre. Siendo sensibles a este hecho y tomando responsabilidad de él, ser parte de la lucha feminista antirracista es posible. Para que las voces que han sido siempre silenciadas sean oídas, las de quienes han hablado desde siempre deben escuchar. No solo los hombres blancos, sino cada persona en una posición de privilegio respecto de otra debe atender a esta cuestión y preguntarse si su voz no está callando la de otras personas; preguntarse si en vez de ser «portavoz» de, no puede usar sus privilegios para ofrecer espacio y escucha para que esas personas hablen por sí mismas.

Que la vida de las personas negras importe porque «toda vida importa» es un discurso que tiene su paralelo en las discusiones sobre femicidio, donde no falta quien saque a relucir la brillante fórmula de universalidad: más que «ni una menos», «nadie menos». ¿Qué hay de errado en esto? Todo. De ello trata el artículo «¿Las vidas negras importan o la conmoción es selectiva?».

«¿Qué es empoderamiento femenino?» aclara cómo es que este concepto, tan vaciado a costa de ser usado en todo tipo de campañas publicitarias y productos, posee para las feministas negras un significado colectivo de reivindicación del derecho a la humanidad.

«La mulata Globeleza: Un manifiesto» exige que rompamos con el sentido común y el «mito de la democracia racial» que oculta el racismo existente de hecho en discursos aparentemente inocentes como el de la exotización de las mujeres negras.

Una reseña aparte merecerían «“El racismo es una problemática blanca”, dice Grada Kilomba», la entrevista que la autora hace a la escritora, *performer* y profesora portuguesa Grada Kilomba, y «Racismo, manual para los sin-noción». Este último es una pequeña pieza literaria aguda e irónica donde Ribeiro analiza el racismo presente en frases de cada día que amenazan nuestra responsabilidad y consciencia éticas con alusiones superficiales a la tolerancia y la libertad de opinión (y entre medio suelta bofetadas tales como «no cabe al opresor decir al oprimido como debe reaccionar a la violencia» (Ribeiro, 2018: 133)). Las observaciones sobre este *achismo*, que la autora denuncia por tratarse de «opiniones vacías sobre cuestiones tan serias», nos recuerdan la *banalidad del mal* (Arendt, 2003) enunciada por Hannah Arendt como mecanismo productor y reproductor del daño contra nuestra propia humanidad. El *achismo* es un mal banal por superficial, por ser discurso que no va a fondo, y por ello ser lo opuesto al pensamiento entendido como juicio radical. Hannah Arendt se valió de esta figura para dar cuenta del funcionamiento perverso de la maquinaria asesina del nazismo; valga la comparación para dimensionar la gravedad de las situaciones de vida y muerte de las que estamos hablando, y la enorme labor filosófica y política a la que Djamila Ribeiro se y nos enfrenta.

Referencias bibliográficas

ARENDR, H. (2003). Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal. Barcelona: Lumen.